

KAPUNTÍADAS

Pradera

El viento sopla llenando de vida la pradera. Los largos tallos de hierba se agitan alegres e impacientes, un tumulto de voces silenciosas. El Sol inconstante arranca destellos plateados y matices oscuros que avanzan hacia mí como olas en una marea que me envuelve y me deja atrás, fugándose hacia otros espacios y tiempos. Las nubes viajeras arrastran por el suelo las sombras de sus preocupaciones fugaces. Florecillas amarillas salpican aleatorias el océano verde, constelaciones de color que tililan bajo la brisa, minúsculos navíos en el mar verde custodiando sus preciosas cargas de vida.

Sopla una ráfaga más fuerte y la pradera se agita en discusiones violentas y frenéticas, en revoluciones que estallan y mueren sucediéndose como las olas de la historia, perturbaciones viajeras que persiguen a las nubes. Los tallos del borde de la orilla se mecen más tranquilos y maduros, ajenos a las polémicas de la tierra firme, serenados por el parsimonioso fluir de la corriente parda y de las barcas que luchan contra el viento. El tiempo fluye sobre la pradera tumultuosa y me arrastra en su corriente de vidas humanas, que tiemblan caóticas en sus prados sin llegar a comprenderse las unas a las otras en sus pulsaciones del aire, en sus abrazos ciegos al viento que las arrastra con su voluntad impredecible.

La brisa está venciendo a las nubes, que se agolpan detrás de mí, dejando a mi izquierda un azul puro que clarea en el horizonte cercano, en el que la torre de la catedral me observa y me pregunta: ¿Cuándo vas a venir a visitarme?

De repente el aire se llena de campanas, de cascadas de sonidos que se precipitan alegres y se realimentan a sí mismas en un vaivén de notas que bajan suaves y vuelven a ascender raudas, como si se negaran a dejar de ser cascada, como si quisieran llenar para siempre el cielo con sus veloces acordes descendentes, cantando eternamente enfervorizadas su canción de nostalgia, contagiando su vibración entusiasta y plena al aire, los árboles, la hierba, el río, los pensamientos.

Campanas y tiempo. Tengo entre las manos un libro que dice: “el tiempo es la reducción al absurdo de toda experiencia humana”. Las campanas me llaman, pulsando los vacíos mágicos de mis segundos absurdos.

La cocina

Algo huele a podrido en Durham, que no en Dinamarca. Más concretamente, en el cuarto de la nevera y lavadora de Hawthorn Crescent 1. Lleva unos tres días deleitándonos con sus aromas, que tras una cualidad inicial sencillamente desagradable han adquirido un toque ácido que los convierte en sencillamente repugnantes. Ha habido un par de intentos infructuosos de búsqueda del origen del olor, de modo que hemos optado por condenar la puerta a permanecer paralela a la pared el mayor tiempo posible, que no es tanto como nos gustaría dadas nuestras necesidades de avituallamiento y además plantea serios problemas porque la pared es un poco irregular.

Yo creo que hay un cadáver escondido de un ser vivo—quiero decir ex-vivo—no identificado. Se rumorea que un viajante español desapareció misteriosamente en los alrededores, y sus compañeros de piso dejaron de

ir a la carnicería durante un tiempo en señal de duelo. Pero yo respiro tranquilo porque soy medio alemán.

Un día alquilaremos trajes de descontaminación. Embutidos en ellos haremos que la puerta del cuarto pierda el paralelismo con la pared, y entraremos ingravidos de terror, como astronautas en un planeta lleno de peligros desconocidos, un pequeño paso para el hombre pero un gran paso para la humanidad. Nuestra respiración reverberando en el interior de la máscara nos impedirá escuchar el eco de nuestros acongojados pasos, y en medio del vaho del visor empañado lo veremos, como una neblinosa aparición de pesadilla. Nuestras manos enguantadas con cinco capas de tejido protector alzarán los despojos hacia el cielo, y poseídos de una emoción inexplicable exclamaremos: “Alas, poor Yorick!”, momento que será aprovechado por un monopolio avizor para pasar ante nuestros ojos sin ser detectado por la humanidad...

El despacho solitario

Pasé una semana trabajando sólo en el despacho 328, que tiene unas 20 mesas. Era una sensación extraña, mezcla de libertad por todo el espacio disponible y aprisionamiento por la opresión del silencio. Las mesas viejas, con cajones llenos de cosas extrañas que contarían mil historias, y un par de pares de ordenadores entre los que podía elegir. Todo un espacio vacío que llenar, un reflejo de mis sensaciones al adaptarme a mi nueva vida inglesa.

El despacho era como un escenario en el que yo era el único actor, cuando me suelo sentir más bien como un espectador. Aun así, hubo algunas figuras invitadas, como Pam, la señora de la limpieza, Brian el “oficial” informático y Michael el encargado del edificio.

Pam. La primera vez que entró y me vio soltó una parrafada que me hizo pensar varias alternativas:

i-Lo que yo aprendí en el colegio no era inglés.

ii-Quizá por aquí haya alguna pequeña comunidad de hablantes de esperanto.

Al final, tras poder identificar algunas palabras aleatorias entre lo que me decía, a las que yo contestaba con mi mejor sonrisa, decidí que simplemente tiene el acento local reconcentrado (recordad que estamos cerca de Escocia). En cualquier caso, los primeros encuentros con Pam tenían algo de inquietantes. No sólo por las incógnitas de la comunicación, sino porque Pam en sí misma tiene algo perturbador. No me refiero a sus historias de cómo en Navidad tiene que preparar la comida para toda su familia, sino a la manera en que un día, entrando yo en el centro de Matemáticas, me crucé con ella mientras hablaba con otra persona, lo que tuvo como resultado que me mirasen abortando su conversación y Pam me señalara y estallara en carcajadas estruendosas....Había algo desconocido, quizá sarcástico, que se escondía tras las risas, y he preferido no indagar más al respecto por miedo de adentrarme en un pozo demasiado terrorífico. O quizá es que soy un tipo con una gracia natural que hace que las risas broten a su paso....pero todos me conocéis, jeje.

Aparte de Pam, también hizo aparición Brian, el escudero del caballero de la Informática Bernard, que es quien lleva el control de todos los ordenadores del Departamento, que forman una red en Linux. Y como no podía ser menos en mi despacho solitario, lleno de secretos, cajones con ojos que me espiaban y crujidos de mi silla, Brian también tenía su lado extraño. Brian se mueve como si viviera en un estado metaestable permamente...anda inclinado y a cada paso parece que podría perder el equilibrio, pero misteriosamente se

recupera y sigue adelante. Las ventanas del despacho dan hacia un tejado con aparatos de ventilación, y al otro lado está la parte del edificio en donde vive Brian. Y le veo, a través de una ventana, subiendo y bajando escaleras con su peculiar estilo e incluso cargando con ordenadores, todo un desafío a la biomecánica. En cualquier caso es un tipo muy eficiente, no como los del centro de cálculo de la Complutense, cuya estrategia para resolver problemas es esperar para que cuando acudan a la llamada uno ya haya aprendido a solucionarlos por sí mismo. Un monstruo de la informática.

Un día entraron Brian, Bernard y Rachel, la secretaria del centro, y se dedicaron a jugar al Tetris con las mesas y los despojos varios del despacho, con el fin de lograr una distribución más eficiente ahora que no estaba el resto de doctorandos y nadie protestaría. Como me parecía un juego divertido y una buena manera de añadir algo de excitación a los monótonos segundos de mi vida despachil, decidí unirme a ellos ante su gran sorpresa, pues al parecer la mentalidad de becario es diferente por aquí y no se estila que los doctorandos jueguen al Tetris. Al final me comentaron agradecidos que incluirían mi nombre en las bolsas de trabajo para mudanzas, lo cual me llenó de orgullo.

Y al día siguiente, con la flamante nueva distribución de mesas que me hacía sentirme aún más pequeño en mi despacho, entró Pam y empezó a comentar la cantidad de espacio para seguidamente hacer amagos de pasos de baile...por suerte no me invitó a unirme a ella, o al menos no quise entenderlo. Uf.

Y luego está Michael. Digamos que un día de repente entra un tipo de apariencia escocesa y edad algo avanzada, con una camiseta ajada de Durham University, y sin decir nada se sienta en una de las mesas con unos papeles misteriosos. Y cuando le miro fijamente responde con un parco “aye”. Todo indica que habla el mismo lenguaje que Pam.

Aye, my friends.

El despacho no tan solitario

Ya no soy el único habitante despachil. Las puertas se abren y cierran dando paso a nuevos actores en el pequeño escenario en el que paso la mayor parte de los días ingleses. Mi entretenimiento ya no se reduce solamente a la contemplación de las nubes en el cielo que me observa desde fuera, a la observación de las trayectorias caóticas, cambiantes y entrecruzadas de las gotas de lluvia que resbalan por los cristales o a disfrutar de cómo el sol llena la estancia de franjas paralelas al filtrarse por las cortinas en las mañanas luminosas.

¿Cómo son los nuevos inquilinos del despacho?

Podemos empezar por Dimitris, el griego. Algunos dicen que nunca completa una frase. Con un acento divertido, su expresión favorita es “los ingleses están locos”, cuando quizás él esté aún más loco que los ingleses. Suele preguntar inquisitivamente qué hace cada uno, a lo que normalmente responde: “Fácil, fáaacil. Yo ya he hecho cosas así, eh? Fáaaacil, te digo yo”. Ha colgado en la pared de enfrente de su mesa unos folios con dibujos de un cubo, un cilindro y una esfera sombreados de los que se siente paternalmente orgulloso. Cuando los cálculos se complican suele murmurar “Problemas. Problemas. Probleeeeeemas, X, te digo, probleeeemas”, donde X designa a cualquiera de los otros habitantes del ecosistema despachil, que suelen mirarle con condescendencia e intercambiando miradas de socarrona complicidad. Le gusta correr, fue quinto de Grecia en

alguna categoría indeterminada en lanzamiento de jabalina y en sus clases de problemas se niega a pronunciar π y ϕ a la manera inglesa, lo cual al parecer dio lugar a problemas de divulgación matemática en los primeros días.

Chi, a quien mi mente no puede evitar simbolizar como χ , es una presencia casi fantasmal. Pasa poco por el despacho, y entra silenciosa y etérea, quizá murmurando algún saludo en un tono poco audible y se sienta a bucear en sus papeles. Muy pendiente de su imagen, evitando comentar su edad—que rondará los 25 años—pasa por momentos difíciles por la presión de su jefe y debe de trabajar una cantidad de horas exagerada en la soledad de su habitación, tiñendo su mirada rasgada con velos de melancolía. Preferiblemente evita las mesas con ordenadores encendidos para mantenerse alejada de su radiación.

Andy suele estar alegremente en las nubes. Sonrisa en ristre, mira por la ventana y sale emocionado a la terraza a fotografiar con su móvil los halos iridiscentes que el sol arranca a los cristales de hielo de los cirros, a contemplar las formas en ebullición de los cúmulos que se esfuerzan por ascender en el cielo o a averiguar la dirección en que se mueven los estratos. En su pantalla de ordenador suele verse una imagen de radar de las masas nubosas que cruzan Inglaterra. Es uno de los miembros de la cúpula de la sociedad de astronomía, tiene apellido italiano, estudia magnones en teoría de cuerdas, usa pluma para escribir y de vez en cuando tiene conversaciones surrealistas con Ian sobre algún que otro videojuego.

Dr. Ian Vernon es el presidente de la sociedad de billar de la residencia de postgraduados Ustinov. Hizo el doctorado en Cambridge sobre aspectos cosmológicos en supercuerdas, pasó varios años de postdoctorado aquí en Durham y ahora en una maniobra de prestidigitador se acaba de cambiar a la estadística. Alegre, ingenioso, gran bebedor, la persona adecuada para pasar ratos divertidos. El día de la presentación de las sociedades de la residencia llenó las paredes con carteles para captar la atención de novatos, aficionados y expertos de billar. Ello incluyó disquisiciones con k. acerca de la distribución de probabilidad de la elección de urinario en el baño por parte de los miembros de cada uno de los grupos anteriores, con vistas a colocar cada uno de los tres tipos de cartel encima del urinario adecuado para maximizar su impacto. En los carteles destinados a aficionados y expertos había sendas fotos de Tom Cruise y Paul Newman en las que algún estudiante asiático de género masculino creyó reconocer a Ian y a k., respectivamente. Y en el cartel para los expertos destacaba la frase “Partidas gratis el día de presentación. Inscripción gratuita para quienes consigan ganar al presidente”. Ni que decir tiene que el susodicho día se formó una vistosa cola de retadores a la habilidad billarística de Ian, que fue retirando una y otra vez de la mesa la mitad menos uno del total bolas entre pinta y pinta de cerveza—alcanzando un máximo de habilidad en la sexta (alguna vez se le ha visto representar gráficamente su curva de rendimiento)—hasta lograr un nada desedeñable parcial de victorias de 17 sobre 18. (Por supuesto, tuvo que ganarle el típico fanfarrón con suerte que llevaba una semana entera restregándole cómo iba a conseguir la inscripción gratuita). Ian se ha propuesto britanizar a k. en la medida de lo posible, lo cual radica esencialmente en conseguir que no se satisfaga exclusivamente con una pinta de cerveza; de momento no tiene demasiadas esperanzas de que los resultados sean óptimos pero ha visto algunos progresos.

Además están Jules y Johnny el irlandés, que comparten piso y de vez en cuando faltan al despacho para practicar algún deporte exótico como el surf en las soleadas y calurosas playas cercanas a Newcastle. Y Armalivia la indonesia, que no acaba de soportar a Dimitri y que suspira por su novio americano que acaba de cruzar de vuelta el charco, con el que se ha prometido. Y Guy, al parecer un amante de la diversión, con

coleta y camisas de lino de toques orientales con el cuello bien abierto, que ha recortado imágenes de mujeres atractivas de un folleto de moda para colgarlas en un pequeño rincón de la pared y que se dedica a alternar en su pantalla la ventana de un programa de cálculos matemáticos con la ventana en donde diseña los pósters de autopropaganda para las elecciones del comité de organización de actividades lúdicas de su residencia.

Y claro, también han aparecido un par de veces los estudiantes de doctorado de primer año recién incorporados. Entre ellos está Adam, moreno, delgado, inquieto e introvertido, de mirada huidiza, Katie, acomplejada o enfadada con el mundo que la hizo poco agraciada, y Josie, con rasgos de ambigüedad inquietante.

Hagan el favor de leer más el periódico I

Lugar: Explanada entre la Tate Modern y el Támesis, Londres.

Hora: TT +3 (Tea Time +3 horas).

Dos personajes salen de la Tate Modern con aire sumamente abstraído, posiblemente influidos por su reciente visita a una exposición de Kandinsky. Buscan con la mirada a su avanzadilla, que parece haberse perdido entre las masas de gente que se contonea al ritmo de la música que impregna el aire cercano a una improvisada pista de baile.

Con el fin de mantener el anonimato de nuestros personajes, designémoslos con nombres en clave. La avanzadilla perdida en las notas musicales es M., arquitecta con inusual capacidad de hacer amigos. Los dos personajes abstraídos son P.F.-G., ingeniero-economista de pro famoso por sus interrogatorios implacables, y k., un tipo al que se le va un poco la cabeza pero que por suerte aún la mantiene sobre los hombros, aparentemente gracias a los músculos y vértebras que la consiguen sujetar al tronco en esos momentos en que parece escapársele como un globo de helio ávido de alturas. Quién sabe, a lo mejor un día empezará a levitar, con su cuerpo oscilando lentamente como un péndulo sacado a flote por su cráneo deseoso de desafiar a Arquímedes. Estáis avisados, vigíladle porque es entonces cuando os necesitará para que le echéis un cable.

La frase anterior puede interpretarse literalmente, pero íbamos a otra cosa, y es que P.F.-G. y k. finalmente consiguen divisar a M. en éxtasis de empatía con la masa contoneante y deciden solidarizarse con ella empatizando con unos vasos de cerveza, dirigiéndose al puente del Milenio abandonando amablemente a M. a su suerte. Desde el puente se puede disfrutar de la novedosa música pachanguera, de modo que P.F.-G. y k. comentan tranquilamente el paralelismo entre la repetición contrapuntística de la frase “ahí está, ahí está, el tiburón” y el arte de la fuga de Johann Sebastian. En esto que la inusual combinación de la suave brisa, temperatura, presión atmosférica y altavoces vibrando al compás de “El tiburón” hacen que el puente del milenio entre en resonancia, de modo que su perfil se convierte en una onda estacionaria en cuyos vientres la gente salta por los aires como en camas elásticas. Muchos caen al río y son pescados con redes de arrastre por los barcos del Támesis, en tanto que en el cielo poblado de estrellas invisibles la luna brilla cegadoramente por su ausencia y puede verse su cara oculta sonriendo sarcásticamente con la cara de Hieronymus Bosch. P.F.-G. y k. permanecen perplejos y a salvo gracias a que los instintos ingenieriles del primero les han llevado a colocarse impremeditadamente en un nodo de la onda.

Bueno, puede que esto último no ocurriera. Me refiero a lo de la Luna sonriente. Lo que sí acontece es que pese a que M. está a unos 100m los personajes abstraídos pueden escuchar sus gritos en medio del ruido

y la música a gran volumen, tras lo cual P.F-G. cuelga el teléfono y regresamos—quiero decir, P.F-G y k. regresan—a una órbita transitoriamente estacionaria en torno a la masa de gente contoneante. Increíblemente M. ya ha hecho amigos y baila en un grupo liderado por un macho alpha. Una pobre mujer cercana danza con un top rasgado y roto que deja entrever partes de la piel de su torso y de la ropa interior: es hermoso comprobar cómo la música no entiende de clases sociales. Todos vibran al unísono, olvidándose de sí mismos, los brazos y piernas agitándose febrilmente en las notas que llenan la noche?

P.F-G. y k. no son ni mucho menos inmunes al efecto hipnótico de la situación y deciden integrarse por fin en la diversión...

momento que fue aprovechado por el narrador agotado para irse a dormir.

Hagan el favor de leer más el periódico II

P.F-G. y k. no son ni mucho menos inmunes al efecto hipnótico de la situación y deciden unirse por fin a la diversión integrándose en la zona de baile. Más concretamente, en el borde de la zona de baile. Y si se desea más precisión, en unas confortables sillas de plástico vacías que delimitan uno de sus lados. Pueden comprobar cómo M. les mira desde la distancia y cómo parecen hacerse comentarios sobre ellos entre las féminas de su grupo. Pero P.F-G. y k. no se dan por aludidos, y el primero decide aumentar el nivel de disfrute de la situación sacando del sobre que lleva paseando toda la tarde un grueso taco de hojas impresas de la edición digital completa de “El País”, que pasa a ser repartido entre los dos personajes abstraídos. A Pablo Fernández-Galiano—. . . , quiero decir, P. F.-G.— le corresponden las noticias y a k. el suplemento cultural.

La noche es joven, el Támesis brilla bajo las luces eléctricas y los reflejos juegan en el agua; puede que ciertamente esto no pueda verse desde donde están nuestros personajes pero para eso está el narrador, que nada tiene que ver con ellos. La gente baila como a cámara lenta en la percepción abstraída de los abstraídos, que empiezan a detectar incomprensibles miradas de incredulidad en el grupo de su avanzadilla Marina Cisneros—esto es. . . , M.—y sus acompañantes femeninas. Por alguna razón la incredulidad parece verse acompañada de sonrisitas sarcásticas.

Entonces la tercera persona del plural decide irse a bailar abandonando a nuestra pareja fiestera, aprovechando un momento de despiste en el que P.F.-G., por suerte todavía en el anonimato, y yo nos encontramos enfrascados en la lectura. Irónicamente, un servidor se encuentra leyendo en las hojas impresas del periódico digital sobre el peligro de desaparición del libro ante la expansión cancerígena de la red—véase cómo la tercera persona del singular aún no se ha ido a bailar—tema que no deja de resultar interesante y que consigue absorber mi atención, que no percibe cómo parece originarse una perturbación de carácter no aleatorio en un entorno abierto centrado en M., sino más bien respondiendo a un movimiento intencionado de un par bailante que podría calificarse de aproximativo.

La tercera persona del plural, interesada por los nuevos acontecimientos, decide volver junto con nuestros desconocidos Pablo y k., que acaban levantando los ojos y viéndolas. Viniendo hacia ellos. Acercándose inexorablemente. En trayectoria de colisión. Las rusas.

En este momento una colección de D-Branas, una cuerda cósmica con su ristra de gravitones y modos de Kaluza-Klein y un par de monopolos deciden darse un chapuzón en el río pasando inadvertidas ante las narices

de P. F.-G. y k., evitando su detección por parte de la humanidad.

Hagan el favor de leer más el periódico III

P.F.-G. y k. vuelven a bajar los ojos a las hojas de periódico durante unos segundos y se toman un respiro para intentar dominar la situación, volviendo a levantar la vista para comprobar si es cierto lo que su cerebro les ha hecho entender o si por el contrario han sufrido una alucinación causada por el dios engañador de Descartes con posible colaboración desinteresada del diablo de Maxwell. Lo que su cerebro les ha hecho entender es, evidentemente, que el ritmo mesmerizante de la música y el hambre incipiente les han hecho creer que se están imaginando que creen que hay unas rusas viniendo hacia ellos, mientras que la alucinación consiste en que su cerebro interprete la venida de una pareja de rusas como un constructo de la mente en el que a causa del ritmo mesmerizante de la música y el hambre incipiente crean estar creyendo ver a una pareja de rusas acercándose cuando en realidad lo único que ocurre es que hay una pareja de rusas acercándose. Y resulta que efectivamente la alucinación continúa, id est que hay una pareja de rusas acercándose que se percibe como una pareja de rusas acercándose, pero pese a los esfuerzos del diablo de Maxwell la segunda ley de la Termodinámica sigue siendo válida y para demostrarlo la entropía aumenta a pasos agigantados en las mentes de nuestros lectores de periódico, perdidos en un bucle de creencias anidadas, entropía que se ha extendido tras este párrafo a las mentes de los lectores de estas palabras y por supuesto a la del propio narrador, que en cualquier caso ya estaba bastante fuera del equilibrio termodinámico. En síntesis. Las rusas se acercan. Pero aún no se sabe que son rusas.

Dada la última frase, podemos tener en cuenta la ignorancia de la rusicidad de las rusas designánolas en adelante como esclavas. Y aquí entra nuestro par ordenado de esclavas con la notación (xx, xx')—evidentemente, en honor a sus genes femeninos— interaccionando con el par (P.F.-G.,k.) a través del intercambio de los siguientes vectores verbales:

(xx,xx'): Pero bueno, chicos, ¿cómo es posible que estéis allí sentados y vuestra amiga bailando?

(P.F.-G.,k.): Estamos leyendo el periódico.

(xx,xx'): No, si de eso ya nos hemos dado cuenta. ¿Sois conscientes de que nos estábamos riendo de vosotros? La verdad es que dáis una imagen bastante patética.

P.F.-G.: Claro que nos hemos dado cuenta. Perfectamente. De eso se trata.

(xx,xx'): O sea, que ésa es vuestra táctica.

P.F.-G.: Por supuesto. ¿No véis cómo ha funcionado?

(xx,xx'): Mmmm...Bueno, dejad de hacer el mongui y veniros a bailar.

(Curiosamente he olvidado cómo se dice “mongui” en inglés)

P. F.-G.: Es que eso de bailar...pues no nos apetece mucho. Estamos muy a gusto aquí sentados.

Hasta ahora, P.F.-G. y k. han permanecido amablemente sentados con sus interlocutoras de pie frente a ellos. Nótese cómo k. está bastante callado, probablemente porque no acaba de creerse la situación en la que cree estar creyendo que se encuentra. Nuestro personaje anónimo Pablo tiene más mundo y se pone de pie, alargando la mano a las rusas-que-todavía-no-sabemos-que-son-rusas-ni-tampoco-esclavas-si-bien-algo-se-

intuye-por-su-acento-y-apariencia (pero sin tener los dedos demasiado largos), y presentándose.

Pablo: Bueno, soy Pablo. ¿Cómo os llamáis?

xx: Yo soy Marsha.

xx': Y yo Dara.

k.: Y yo soy ., k .

(P.F.-G.,k.)+(xx,xx'): Encantados.

(xx,xx'):¿Bueno, qué hacéis por aquí?

P.F.-G.: Pues nada, leer el periódico y pasar el rato.

(xx,xx'): Aparte de leer el periódico...

k.: Yo estoy pasando el fin de semana con mi amigo. ¿De dónde sois?

(xx,xx'):Somos de Rusia, y estamos trabajando aquí en Londres. ¿Sólo estás aquí el fin de semana? ¿De qué os conocéis?

(Por fin se ha desvelado que las rusas-que-no-se-sabía-que-eran-rusas-ni-tampoco-eslavas-si-bien-algo-se-intuía-por-su-acento-y-apariencia son efectivamente rusas).

k.:Somos amigos del colegio.Yo estoy aquí de visita corta, pero él lleva bastante tiempo por aquí en Londres.

P.F.-G.:¿En qué estáis trabajando?

Dara: trabajando. (nótese la sospechosa imprecisión de la respuesta).

Marsha: Yo en cosas de finanzas. P.F.-G.:Otra más...

k.:Yo estoy pasando una temporada en el Norte de Inglaterra, y por eso aprovecho para hacer esta visita a Londres.

(Dara,Marsha): Ah, qué bien. ¿Dónde estás viviendo? ¿A qué te dedicas?

k.: Estoy en Durham, que está cerca de Newcastle. Estudiando. (nótese la sospechosa imprecisión de la respuesta).

Pablo: Está haciendo el doctorado. (Auch).

Dara: ¿Y qué te parece Durham? Pues conozco a gente que estudia allí y me han dicho que es una ciudad pequeña y aburrida. Haces muy bien en venir a la gran ciudad para tener un poco de diversión.

k.:Bueeeenooo....., aún no llevo mucho tiempo, no me parece tan mal de momento.

(Dara,Marsha): Bueno, entonces os venís a bailar ahora, ¿no?

P.F.-G: A ver, con tranquilidad...yo estoy aquí disfrutando leyendo el periódico y hablando con mi amigo.

(Dara,Marsha): Pues habrá que tirar ese periódico.

Se miran con miradas cómplices y pasan a la acción. Intentan quitar el periódico de las manos de P.F.-G., que parece apreciarlo como a su vida y se defiende como un animal acorralado. Se rehace y abraza el querido periódico ocultándolo de las ávidas miradas de las rusas, que parecen desear tener una mirada de rayos láser para fulminar "El País" mecido y acurrucado entre sus brazos, y opta por una táctica negociadora persuasiva. Su mente empieza a calibrar una estrategia basada en su amplio conocimiento de las costumbres británicas y en una estimación del tiempo de duración de la música que arroja una cifra de unos 2:01 minutos. (Esta compleja maniobra sólo pudo ser apreciada por k. a posteriori, pero hay que concederle todo el mérito que se

merece).

P.F.-G.: (Aferrado al periódico).Tranquilidad. Calma. Esperad un poco. Dejados acabar el periódico tranquilamente y entonces bailamos con vosotras.

k.: Eso es, sólo un ratito. (Mira a P.F.-G. con ojos extrañados).

(xx,xx'): Mira que os estáis poniendo pesados...

Queda 1 minuto.

(xx,xx'): Que no hombre, veníos ahora. Divertíos un poco...¿No véis lo bien que se lo pasa la gente? Y encima está ahí vuestra amiga bailando y disfrutando.

...

Quedan 30 segundos.

Pablo: Bueeeeno venga, cuando empiece la siguiente canción bailamos con vosotras. Prometido, ¿vale?

Me mira y asiento compungido, aún sin entender su táctica.

k.: Pues habrá que bailar.

Quedan 15 segundos.

(xx,xx'):Vale, estupendo, POR FIIIIIN. Vaya si os ha costado, chicos.

...

Quedan 0 segundos.

Se acaba la música y una sonrisita irónica triunfal se perfila disimuladamente en la cara de P.F.-G., momento en el que mi mente se llena de reconocimiento. Les decimos a (xx,xx') que de verdad, que si vuelve la música bailamos con ellas sin ninguna duda, faltaría más, que ya hemos tenido suficiente del periódico. No sé si se dan cuenta de la exagerada seguridad de nuestro tono de voz. Al poco se incorporan la avanzadilla anónima Marina y el macho alpha, que designaremos por "xyy" y que resulta ser un alemán llamado Florian, pero que la verdad sea dicha no parece tener un cariotipo anormal. Se comenta algo del acento americano de Marsha.

M.: ¿A qué se debe ese acento?

Marsha: Bueno, es que estuve 9 años viviendo en Tejas. (Añade una frase con acento tejano, pero que no tiene nada que ver con la del "rocket fuel" que escenifican de vez en cuando k. y su clon).

k.: ¿De verdad? ¿Dónde en Tejas?

Marsha: En Dallas.

k.: ¿En seerio? Pues yo pasé ahí mi penúltimo año de instituto. Marsha: ¡Vaya casualidad!. ¡Increíble!. ¿Y cómo es eso?

k.: Pues porque mi padre se fue de año sabático a trabajar ahí y un hermano y yo fuimos a acompañarle.

Sí, queridos lectores. Hay cosas en común y la cosa se pone interesante...pero aún no se ha dicho la última palabra...

Marsha: Bueno, entonces, ¿a qué instituo fuiste en Dallas?

k.: A Highland Park.

Marsha: Vaya vaya, con que a la zona mas pija de la ciudad...mírale.

k.: Es que a mi padre le dijeron que el colegio, siendo público, era muy bueno, y si nos íbamos a vivir allí se verían obligados a aceptarnos a mí y a mi hermano por ley. Nos vino muy bien porque llegamos casi dos meses después del comienzo del curso. Así que por eso fui a ese instituto.

P.F.-G.: (Con retintín). Sí, y salió en el periódico por ser un estudiante brillante. Todos lo vimos.

k.: ?¿&??#—?##?

Y he aquí que el narrador se pregunta: ¿De verdad es necesario proseguir?¿Acaso es bueno cebarse en la propia desgracia? ¿Qué macabro impulso me impele a seguir pulsando estas teclas, qué fuerzas misteriosas han hipnotizado a mis manos para contar lo que debería ser olvidado?

Dedos, responded a mis órdenes y abandonad ya vuestra febril actividad. Dejad que la amnesia sople su aliento neblinoso sobre la imagen de las rusas para que se encierre en un baúl escondido en un rincón remoto del subconsciente...

Y vosotros lectores, si la fría impersonalidad de las ciudades deshumanizadas os comprime el corazón, si vuestra individualidad se ve abrumada y disuelta en las masas anónimas de las grandes urbes, si os preguntáis qué sentido se esconde tras la cascada de segundos sin significado de vuestra vida... haced el favor de leer el periódico.

Pero nunca, insisto, nunca, intentéis quitárselo a P.F.-G.

(Adjunto imágenes de bellas londinenses adoptivas).



xx



xx'

Encuentros con Michael

Entrando en el edificio a finales de Octubre.

Michael: Good Morning, Sir.

k.: Good Morning.

Michael: Jingle Bells Jingle Bells.

En el despacho, mi soledad se rompe; se abre la puerta de repente y entra Michael.

Michael: Aye, aye, Sir.

k.: Aye. (disimulando la sonrisa).

Michael avanza decidido unos metros; se queda en reposo respecto al suelo de la habitación con la mirada perdida en el infinito durante unos 15 segundos. Luego se vuelve a ir tarareando.

En el despacho.

Entra Johnny, y pregunta: “¿Quién es ese viejo que va por el pasillo cantando a voz en grito una canción sobre patos?”

En el hall de entrada del Departamento. Michael canta con la fregona “I am in Love” y nuestras miradas se encuentran. Me saluda, “Hello, Sir!”

La puerta del despacho se abre de repente. Entra Michael y viene directamente a mi mesa. Entonces me pregunta: “How do you spell bronquitis?”

La contraseña indescifrable

Andy, tras encontrar un mudo cadáver de avispa, erizado de patas encogidas y ligero como los pensamientos, reposando sobre el teclado de su ordenador, se compadece de ella. “Pobrecilla, murió sin encontrar la contraseña”.

La piscina versus k.

Amanece un día grisáceo con algunos guiños fugaces del Sol, y salgo de casa en dirección a la piscina para hacer las pruebas de natación para el equipo de remo. Todo apunta a que lo único que hay que demostrar es que uno puede flotar sin ahogarse, pero nunca hay que confiarse en esta vida llena de sorpresas agazapadas tras lo cotidiano, dispuestas a saltar al escenario y romper el frágil entramado de lo convencional.

El lector pensará que realmente no salí de casa en dirección a la piscina, sino más bien con intención de ir a la piscina y en dirección a la acera de mi calle, cuya zona más cercana a la puerta de mi actual vivienda no tiene por qué intersectar al vector que une el centro geométrico de la piscina con el punto medio del segmento sobre el suelo de la entrada de mi hogar comprendido entre los dinteles de la puerta. Esto es totalmente cierto, pero resulta que suelo salir de casa en diagonal y entonces efectivamente lo hago en dirección a la piscina.

El día es fresco y me entretengo mirando cómo las líneas que convergen radialmente en los postes de telégrafo geometrizan el cielo y resaltan sobre los grises llenos de violentos contrastes de los estratocúmulos, en cuyos bordes parece querer asomarse el Sol. Unos cuantos grupos de pájaros vuelan oscilando sobre hilos invisibles, y las tuyas de uno de los jardines ante los que paso reciben a la brisa con temblores gelatinosos, con su denso follaje comportándose como un fluido con corrientes arremolinadas y entrelazadas entre sí. Yo también tiemblo imperceptiblemente al contacto con el frescor de la mañana.

Me desvío en cuanto puedo de la carretera adentrándome en una zona arbolada mientras pienso en la piscina y en el duelo que nos espera.

Tras cruzar el estrecho puente sobre el río entro en la piscina y los dos nos miramos desafiantes. Los destellos que arranca el Sol intermitente que se filtra por los cristales del techo me dicen “no dejaré que lo consigas”. La piscina está desierta pero se oye una risa reverberando en las esquinas de los vestuarios, en las que los brillos de los azulejos se escabullen de mi mirada cuando les interrogo. Me pongo el bañador y salgo de nuevo a la piscina, que me dice “te venceré con tus propias armas”.

Atravieso el puente estrecho que sobrevuela un valle en miniatura con aguas rumorosas y sombras acogedoras, y me adentro en el bosquecillo que cubre las colinas que vigilan el río desde su modesta altura. Miro como siempre fascinado las secreciones algodonosas de un grupo de matorrales y doy un pequeño rodeo para pasar bajo mi haya favorita, con su corteza lisa y su arquitectura majestuosa y perfecta, sus ramas hilando el espacio con serenidad empapándose de mediodía nuboso.

Me adentro en la piscina y me comenta: “lo tengo todo calculado. Gracias a que muchos físicos se bañan en mis aguas y esparcen sin pudor sus pensamientos sé que, cuando te pongas a nadar, por efecto de la contracción

relativista te veré más pequeño y entonces tendrás que recorrer más espacio de lo que pensabas inicialmente, lo que bastará para que te rindas exhausto unos nanómetros antes del final.....” Tras esto nuevamente se oye la risa enigmática resonando y multiplicándose en centenares de ecos decadentes por los pasillos.

La gran haya está justo en la cresta de la colina dominando una pendiente cubierta de árboles por entre cuyas ramas se captan instantáneas fugaces del río y de las praderas de los campos de deporte, con su verde sobrenatural. Sigo el camino saltando entre raíces entrelazadas mientras la lluvia suave susurra palabras de consuelo a las hojas.

Me sumerjo en la piscina y comienzo a nadar. El agua sabe al convencimiento de la victoria ajena, mientras que la voz de la piscina resuena en mi interior diciendo: “todo esfuerzo es inútil”. Es la primera vez que establezco conversaciones con una piscina que parece leer mis pensamientos, de modo que me resulta un poco difícil adaptarme a la situación y paso unos primeros instantes llenos de perplejidad. Una vez repuesto decido convencer a la piscina de su error. “Piscina, alma cándida, tus esperanzas son vanas. Piensa que desde mi punto de vista eres tú la que está en movimiento, de modo que te percibo más corta de que lo que tú te ves a tí misma y por lo tanto tengo que nadar menos de lo que parece”.

Por fin el camino desciende al nivel de la orilla del río y salgo a la senda de arena que bordea el agua. Frente a mí, resaltada en el horizonte sobre las nubes grises y oscilante sobre la superficie del agua, me saluda por duplicado la catedral con afable indiferencia simetrizada.

Mis palabras tienen un efecto devastador sobre la piscina: todos los chorros cesan de fluir repentinamente y el agua se enturbia ligeramente. La superficie se convierte en un espejo en el que mi cuerpo deslizándose traza frentes de onda perfectos, mientras las risas inquietantes cesan de golpe y sus ecos mueren en pocos segundos en un rápido descenso hacia el silencio y la calma absoluta. Una gota solitaria pierde la lucha contra la gravedad y se precipita desde el techo; la quietud es tal que se escuchan sus cristalinas exclamaciones de pánico, que normalmente pasan desapercibidas hasta que se transforman en un baile de círculos concéntricos, los últimos estertores de individualidad de la gota al fundirse con la masa anónima de agua.

El reflejo de la catedral se ve distorsionado por el avance de una piragua que lacera la superficie del río mientras parece flotar como un zapatero gigante. Sigo andando bajo el dosel de hayas que se inclina hacia el río, serpenteando por entre los charcos del camino.

Me queda poco para finalizar la prueba. Ahora el agua sabe a la victoria propia pero con toques amargos de culpa. Presto a consolar a la piscina, le comento en mis pensamientos: “No te amargues piscina, aún podrías tener una oportunidad...” Los chorros vuelven a activarse tímidos y débiles, con intensidad dubitativa, y prosigo. “Has cometido un error común. Pero efectivamente podría haber una manera de vencer a un físico con sus propias armas”. Ya sólo me queda el último largo, y los chorros soplan a la máxima potencia, inyectando agua caliente de manera que la refracción deforma ante mi vista las líneas del fondo de la piscina, que acaban formando la pregunta “cómo?”. Sorprendido de las capacidades políglotas de la piscina tardo un poco en empezar a responder. “Bueno, la idea está en que si consigues aumentar lo suficiente la densidad del agua que contiene en una región localizada, podría formarse un “agujero de piscina” con su correspondiente horizonte de sucesos. Entonces un nadador que se dirigiera apropiadamente hacia el horizonte tardaría un tiempo infinito en atravesarlo para observadores situados en el borde de la piscina. La prueba se dice ser sin límite de tiempo,

pero supongo que los observadores acabarían cansándose y abandonando al infortunado nadador a su suerte, en apariencia congelado en medio del agua, enrojecido por el agotamiento y sobre todo por el corrimiento espectral. Quizá algunos bienintencionados intentarían rescatarle, pero quedarían igualmente atrapados en el agua aparentemente inmóvil como seres disecados en un baño de cristal.”

Llego hasta el estrecho puente que cruza el río y lo atravieso mirando hacia mi izquierda, disfrutando de la bella imagen del cielo duplicado en el río que se aleja entre las masas de los árboles. Entro en la piscina y los dos nos miramos desafiantes. Los destellos que arranca el Sol intermitente que se filtra por los cristales del techo danzan sin hablar. La piscina está atestada de gente y se oyen multitud de risas y voces reverberando confusas en las esquinas de los vestuarios, en las que los azulejos brillan asépticos sosteniendo mi mirada. Me pongo el bañador y salgo nuevamente a la piscina, para comprobar que por algún motivo desconocido todo el mundo está cubierto con camiseta salvo algunos descartados entre los que me encuentro, que nos buscamos con miradas ansiosas y que nos reconocemos con destellos de solidaridad. Una vez que una masa crítica de individuos en bañador y con camiseta—con algunas impurezas a pecho descubierto— se ha acumulado en el borde de la piscina, nos ordenan lanzarnos al agua como lemmings en busca de una vida mejor. Allí debemos permanecer cinco minutos flotando sin hacer pie, mirándonos con caras intrigadas y comprobando cómo nadie se preocupa realmente de que estemos teniendo o no éxito en la empresa. Al final suena el silbato y salimos de nuevo al borde de la piscina como lemmings desando recuperar su vida anterior, algunos usando las escaleras y otros encaramándonos al bordillo, con las camisetas húmedas ciñéndose al cuerpo. En fila nos dirigimos al extremo de uno de los carriles de la piscina, en donde como en una cadena de montaje la gente va tirándose de cabeza a intervalos cortos de tiempo, lo suficientemente cortos como para hacer que la prueba de natación realmente consista en una sucesión de colisiones con los nadadores precedente y posterior, como un ensayo sociológico de un modelo corpuscular de conducción unidimensional.

Los dos últimos largos son de espaldas, lo que dificulta la previsión de las colisiones. Por fin llego al último giro, y puedo ver cómo los destellos que arranca el Sol intermitente que se filtra por los cristales del techo me dicen “no dejaré que lo consigas”. Entre las voces de la multitud distingo una risa sarcástica familiar que reverbera en las esquinas de mi mente. Los chorros de la piscina se activan con fuerza y direcciones inusuales, provocando corrientes de agua que convergen hacia el centro de la piscina. Giro mi cabeza hacia el borde para comprobar cómo el nivel del agua parece rebajarse; extrañado vuelvo la cabeza hacia el centro y veo con asombro cómo el agua parece formar una pequeña elevación. Las ristras de flotadores que separan los carriles se comban a punto de romperse. Algunas camisetas sin dueño vagan sumergidas como medusas informes convergiendo en trayectorias espirales hacia el centro de la piscina, y la geometría de las líneas del fondo y de la red cartesiana de las baldosas azules decide desafiar al teorema de Pitágoras. Una fuerza poderosa intenta arrastrarme y curva mi línea natatoria hacia el agujero de piscina en formación, pero en un esfuerzo supremo consigo superar la velocidad de escape y me aferro desesperado al metal de una de las escaleras, que comienza a deformarse. Luchando desesperadamente contra el peso insoportable de mi cuerpo consigo salir de la piscina para ser testigo del espectáculo dantesco que se abre ante mis ojos. La gente corre despavorida en todas direcciones en un mar de gritos confusos. Algunos tropiezan y caen a la piscina, pasando a orbitar en torno a la montaña de agua que se ha formado en el centro y que brilla con destellos de maldad translúcida. Gente, mochilas y objetos varios se entremezclan, chocan entre sí, pasando a volar por el aire en una vorágine de humedad, olor a cloro y confusión. Las vigas del techo se doblan y de repente, sin saber porqué, soy consciente de que el letrero de la puerta del edificio ha pasado de rezar “Durham Bath” a contener la frase “Lasciate ogni

speranza voi chéstrate”.

Y en medio de esta confusión infernal aún mantengo el suficiente dominio de mí mismo como para sorprenderme de no ver ningún efecto de enlentecimiento y corrimiento al rojo en los desafortunados orbitadores, jóvenes y jirones de ropa que giran en derredor de la montaña de agua como en una danza ritual ancestral y macabra. Y entonces la veo. En medio de las iridiscencias cambiantes de lo que fue el centro de la piscina, irresistiblemente atractiva, inmensurablemente gravitante, pavorosamente bella, enloquecedora, amenazadora.

Una singularidad...¡desnuda!¹.

Música en la catedral

Las notas vuelan entre las piedras ancianas. Se persiguen entre los pilares cilíndricos, monumentales y desgastados, confundiendo su lógica sonora con la de los patrones geométricos excavados en la piedra. Se esconden entre los arcos de medio punto del triforio y se difractan en las galerías oscuras y escondidas, inaccesibles a mi mirada, multiplicándose en ecos lejanos que transportan los pensamientos serenos de las bóvedas centenarias, que cobijan maternalmente, en un abrazo de piedra que nos aísla del mundo exterior improbable y remoto, a la atmósfera impregnada de música. Las voces del coro se unen al juego y me transportan a un océano de calma melancólica, en el que los contrastes de la melodía trazan ondas de emociones que interfieren dibujando patrones entremezclados que siguen un orden misterioso.

Estoy sumergido en un mar de belleza. Las notas arrancan mis pensamientos y se los llevan volando en armonía por las naves de la catedral. Música e ideas se fragmentan en pedazos al alcanzar la piedra, al chocar con los nervios de las bóvedas de crucería, con los arcos y las columnas, y estallan y reverberan en cascadas multicolores que viajan tumultuosas por los rincones ocultos para acabar cayendo lentas, exhaustas e iridiscentes sobre los rostros silenciosos y las baldosas que brillan apagadas bajo la luz tenue.

Los agudos del violín traspasan mi corazón, hiriéndolo de belleza, y las notas bajas lo desgarran, roto de melancolía. Así se agita mi alma, enganchándose en los laberintos geométricos de los arcos románicos, ascendiendo hacia las bóvedas punzantes, brillando al ser atrapada por los halos de los focos y camuflándose en las sombras ignotas de las naves laterales. Vuela y sueña zarandeada por la música. Y cuando los intérpretes lleguen al final de sus partituras, cuando hayan dejando aletear libremente al último sonido, pensamientos y notas descenderán de los arcos como las hojas otoñales que revolotean en el mundo exterior olvidado, danzando en la memoria, cayendo lentas en el tiempo aletargado, volviendo al cálido refugio de las cámaras resonantes de los instrumentos y de las estancias de mi mente en donde resuenan mis sueños.

Durham

La espuma del tiempo se disipa en el borde afilado de las campanadas, que parten los segundos con su danza frenética, atrapadas en un laberinto de sonidos que se riza sobre sí mismo. Los sonidos llegan amortiguados al río, siempre observando, estático como un espejo en los días meditativos, fluyendo con arrojo cuando le domina la inquietud por el absurdo de su continuo divagar a través de los minutos y paisajes eternamente repetidos. La vida se regocija y se desespera prisionera del continuo retorno a los ciclos incomprensibles.

¹<http://scienceworld.wolfram.com/physics/NakedSingularity.html>

Los patos hacen demostraciones en vivo del principio de Huygens, dibujando cuidadosamente estelas triangulares en el agua. Las piraguas se deslizan puntiagudas como insectos gigantes. Las nubes se convierten en geómetras que practican el trazado de círculos con sus pinceles de pintura transparente sobre la calma congelada del agua. La realidad reflejada pierde poco a poco su objetividad y se abstrae en una danza impredecible de circunferencias entrelazadas; la visión del mundo se geometriza en la mente del río y en la mente del físico que observa. Observo, también atrapado en mi prisión de espectador eterno, como si la vida que parece fluir a mi alrededor se negase a acogerme en su corriente.

Bajo la bóveda del cielo nocturno clareado por la luna, sobre el silencio del río que duerme con sueños de inmovilidad, congelado en un instante mágico, salpicado de motas estáticas que sueñan con ser estrellas, sobre el puente desdoblado en su reflejo alumbrado por las excitaciones anaranjadas del sodio de las lámparas eléctricas, un hombre solitario canta con murmullos melancólicos en un idioma desconocido. Y el río llora en silencio.

Una paloma emprende el vuelo por un pasillo estrecho entre muros bajos de ladrillo. Aleteo de alas; aleteo de las sombras de las hojas y ramas de los árboles sobre el ladrillo blanco descascarillado; aleteo de la mirada de ecos que persiguen a la exclamación solitaria de la paloma; aleteo de mis pensamientos que persiguen en vano a la paloma.

Es de noche en el bosque. Mis pasos avanzan a ciegas. La brisa arranca murmullos a las hojas que aún no sucumbieron al otoño y que cantan melodías de una alegría dulce y pausada. Una ola de crujidos misteriosos precede a mi avance en el suelo cubierto de hojas muertas. Aleteos furtivos y ramas que vibran pulsando el silencio. Los troncos y ramas son una telaraña de negrura sobre la noche clara, y entre ellas bailan los halos de las luces lejanas del otro lado del río, guiñando con complicidad, difractándose en rayos estrellados. La oscuridad me acoge sorprendida y hospitalaria en su soledad llena de vida.

Mi sombra se desdobra junto al río, y su multiplicidad se proyecta sobre los arbustos y escaleras.

Creo que una de mis sombras se ha quedado para siempre vagando como un fantasma observador y silencioso, que juega con los rayos de luz entre los troncos de los árboles y los destellos del río en Durham.